

VELOCIDAD DESCONTROLADA.

Suplemento PAREMOS YA. LA VOZ DEL INTERIOR.

¿Puede combinarse el pleno desarrollo individual con el mínimo necesario de coherencia social?

¿Qué esperanza hay de una mayor armonía entre individualidad y ciudadanía?

Si bien hay grandes teorías según las cuales es posible resistir al deseo en interés del cumplimiento del deber y la moral, lo cierto es que toda actividad humana está determinada por el apetito o el impulso.

El deseo tiene supremacía sobre el deber, ya que al menos que la persona “desea” cumplir con su deber, no lo hará.

Si se ansía saber que harán los hombres, hay que conocer no solo las circunstancias materiales que le rodean, sino las fuerzas de sus deseos. Deseos que son, cada vez más, impuestos por la publicidad elitista y consumista, que asocia al automóvil, a la velocidad, al riesgo como sinónimos de placer, de distinción, de éxito. Publicidades que no ponen jamás de manifiesto la peligrosidad de las máquinas que se están ofreciendo. Publicidades que solo ponen el acento en la culpabilidad del usuario final del vehículo en los accidentes de tránsito. Publicidad que genera el deseo irrefrenable, y que pone a la mano del usuario potencial instrumentos para saciarlos y luego pide, de manera absolutamente hipócrita que cumplan con su deber de viajar a velocidades permitidas por nuestras rutas precarias, velocidades que oscilan entre la mitad y el tercio de las que otorgan esas fabulosas máquinas futuristas, capaces de hacer creer a cualquier desprevenido que lo catapultarán en la jerarquía social.

Mientras la muerte en colisiones de tráfico es calificada por Cruz Roja Internacional como catástrofe mundial silenciosa y por la Organización Mundial de la Salud como pandemia que mata más personas por año que las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki, nosotros nos preguntamos y les preguntamos:

¿qué pasa con las víctimas, condenadas a ser simples números de la estadística oficial, sin ningún tipo de ayuda, apoyo moral, asistencia psicológica?

¿qué pasa con la educación vial, que sigue basando la entrega de los carnés de conducir en exámenes obsoletos?

¿qué pasa con la dirigencia política que no considera, más allá de los discursos, la inseguridad vial como una prioridad?

¿qué pasa con la infraestructura vial que no crece en consonancia con el crecimiento desmedido del parque en calidad y cantidad?

¿qué pasa con la publicidad cada vez más insidiosa, que manipula e incita a la velocidad y a la conducción agresiva mediante su asociación permanente “velocidad = belleza = sexo = libertad”?

¿qué pasa con los fabricantes que ponen en el mercado vehículos cada vez potentes y peligrosos con sistemas de seguridad que potencia anularlos, fabricantes que están vendiendo armas a manos de irresponsables?

¿qué pasa con la sociedad que no cambia los comportamientos, no asume los riesgos de los autos con motores inútilmente potentes, no eleva su queja porque exista un límite de velocidad en las vías y que no lo haya para la fabricación de los vehículos?

Alejandro Dolina escribía en su entrañable, *Cronicas del Angel Gris*, “el mundo es una eterna perversidad hecha de ausencias, uno no está casi en ninguna parte” haciendo de esta manera eco de la profunda pretensión humana por la ubicuidad, por el estar en

todos lados al mismo tiempo. En el mundo fantástico de este libro resuelve la encrucijada diciendo “sin embargo en medio de infinitas decepciones existe una buena noticia: EL AMOR”. En nuestro mundo real es la velocidad la que vino a resolver la petición, quizás a costa de estar en tantos lados que se termina estando en ninguno o a costa de una muerte cruel en una ruta olvidada.